

La generación pendiente

Mario Marcel

MARIO MARCEL: Economista chileno. Investigador de la Corporación de Investigaciones Económicas para Latinoamérica (CIEPLAN).

*Durante 1983 y 1984, en medio de las protestas del pueblo chileno contra el régimen militar que cumplía ya diez años en el poder, un nuevo actor salta a la escena nacional: los jóvenes. Son ellos los que ocupan las calles y enfrentan a la policía, contradiciendo las apreciaciones previas de dirigentes y analistas que pronosticaban una nueva generación manipulada por la cultura dominante. Sin embargo, jóvenes combatientes y alineados, audaces y abúlicos, sensibles e individualistas, son, esencialmente, los mismos. Los hijos del régimen militar y sus contradicciones constituyen así una generación profundamente distinta a las que la precedieron, marcada por la irrupción de una juventud popular que no puede alcanzar el mundo adulto y de estudiantes envueltos en la vorágine de la modernización. Entender lo ocurrido con ellos constituye no sólo un caso de estudio acerca de los efectos del autoritarismo y el neoliberalismo económico sobre la sociedad, sino también un desafío para la democratización nacional *.*

Varias son las razones que hoy en día llevan a distintos sectores a preguntarse por lo ocurrido con la juventud chilena durante los últimos años. Lugar común en planteamientos políticos de la más diversa índole, los jóvenes - que se encuentran hoy en el punto culminante de su participación en la población nacional- no parecen querer más que provocar desconcierto entre todos aquellos que han querido apelar a sus supuestos "valores permanentes". Desde las barricadas, los juegos electrónicos, los institutos privados, los grupos de esquina, el rock pesado o la organización estudiantil, las nuevas generaciones, formadas bajo la sombra del régimen

militar chileno y su intento de refundación capitalista parecen constituir la manifestación quizás más evidente de las contradicciones generadas por éste.

El entender estas aparentes contradicciones, dilucidando el impacto que sobre las pautas de comportamiento e inserción social de los jóvenes han tenido los años de régimen militar constituye un elemento clave en la perspectiva de la democratización nacional. Ello se relaciona, en definitiva, con la posibilidad de reconstruir la sociedad chilena sobre la base de sus actores efectivos, dando vida y sentido a una institucionalidad de otro modo incapaz de enfrentar las demandas y desafíos que la superación del autoritarismo implica.

HACIA UN DIAGNÓSTICO

El poder entender el impacto que las transformaciones llevadas a cabo por el régimen militar pueden haber tenido sobre los jóvenes, requiere ubicar el papel que las distintas facetas de su experiencia juegan en el proceso en el que se hayan envueltos. Como ha sido señalado por numerosos científicos sociales, tanto la vigencia misma del concepto de juventud como los fenómenos individuales y colectivos que se le asocian guardan fuerte relación con las condiciones en que la evolución hacia la vida adulta se desarrolla. En efecto, adoptando la ya tradicional definición de juventud como período que media entre la adquisición de madurez fisiológica y la madurez social, y reconociendo la existencia de importantes procesos de desarrollo intelectual, emocional y social a su interior, habremos de identificar como determinantes fundamentales de su existencia y desarrollo por un lado, al tiempo con que el individuo cuenta antes de su incorporación al mundo adulto (o moratoria) y, por otro, a los recursos disponibles para desarrollar las habilidades intelectuales, emocionales y sociales mencionadas.

De esta manera, la prolongación de la educación, el ingreso al mundo del trabajo y la posibilidad de construir un núcleo familiar propio -determinantes de la culminación de la fase correspondiente en el proceso de desarrollo- y el sistema equitativo, la convivencia familiar, el entorno cultural y las condiciones laborales -factores asociados a la disponibilidad de recursos- constituyen en nuestro caso determinantes fundamentales de la existencia efectiva, inserción social, pautas de comportamiento y conciencia colectiva de los jóvenes. Todos estos factores han sufrido de un modo u otro importantes transformaciones a lo largo de estos años.

LOS JÓVENES Y EL RÉGIMEN MILITAR

A partir de la instauración del régimen militar chileno en 1973, importantes cambios se llevarían a cabo en las distintas esferas de la vida societal. Represión política, neoliberalismo económico y "modernización" social constituirán los ejes de estas transformaciones, que, como veremos, afectan preferentemente a los jóvenes.

Las altas tasas de desocupación que se derivan de la combinación de políticas de estabilización de corte monetarista y transformaciones estructurales en la economía chilena constituyen, sin duda, el más evidente de estos fenómenos. En efecto, mientras para el conjunto de la población el desempleo alcanza tasas que sistemáticamente triplican (al menos) los record históricos previos, entre los jóvenes la desocupación abierta envuelve proporciones que van del 20% al 30% de la fuerza de trabajo. Si a ello agregamos los jóvenes que pueblan los programas estatales de emergencia y los ocupados en empleos marginales se alcanzan cifras de exclusión ocupacional del orden del 50%, esto es, cerca de medio millón de jóvenes. Si consideramos, por otra parte, que la presencia de altas tasas de desocupación, la liberalización del mercado laboral y la jibarización del sector moderno constituyen fenómenos que inciden preferentemente sobre la estabilidad y las condiciones de trabajo de estos sectores, habremos de concluir que el empleo -mecanismo preferente de ingreso al mundo adulto- resulta para los jóvenes chilenos no sólo escaso sino también inestable y marginal.

El fenómeno del desempleo, obviamente afecta preferentemente a los estratos populares. Mientras entre la juventud popular el desempleo juvenil efectivo bordea el 70%, el deterioro general en las condiciones de vida de la población, unido al creciente déficit habitacional, configuran un marco de carencias y conflictos que afectará seriamente la convivencia familiar repercutiendo nuevamente sobre los miembros jóvenes de estas familias.

Las transformaciones impulsadas por el régimen militar chileno, sin embargo, no se agotan en la reestructuración de la economía según los patrones neoliberales sino que afectan también a la generación directa de cambios en la base de la vida social en un sentido modernizante, promoviendo la extensión del mercado como mecanismo de relación social en todas las esferas de la vida cotidiana. De acuerdo a ello se promueven importantes reformas en el campo de la educación, la salud, la seguridad social, el trabajo, etc., las que se llevan a cabo con distinto grado de profundidad y éxito.

El caso de la educación es, sin duda, el que toca más de cerca a los jóvenes. Mientras la mayoría de quienes se cuentan en el tramo de 15 a 18 años de edad (cerca de un 60% en 1982) asiste a la escuela secundaria y la educación superior alcanza niveles no despreciables de matrícula, el sistema educacional al que se ven sujetos ha seguido una evolución resultante de la pugna entre las tendencias originadas en el desarrollismo precedente y las nuevas orientaciones privatizantes y mercantilistas impulsadas por el régimen actual. El sistema educacional chileno, de fuerte expansión previa y creciente carácter estatal es enfrentado por la nueva tecnoburocracia en el poder con proyectos e iniciativas de cambios que apuntan más que a la concientización directa, a la generación de una estructura educativa acorde con el "estilo de desarrollo" propuesto. En este sentido se promueve la generación de un sistema educacional crecientemente privado (aunque controlado en sus contenidos por la autoridad estatal) y segmentado de acuerdo a capacidades individuales, demandas del mercado laboral y recursos disponibles. En otras palabras, se apuntaría a la generación de sistemas educativos diferenciados y jerarquizados socialmente, que tenderían a acentuar las desigualdades sociales ya no en el terreno del acceso a la educación sino de la educación a la cual se accede y al interior de los cuales primaría la competitividad y la racionalidad economicista.

Estas iniciativas, sin embargo, llegan a ser implementadas sólo parcialmente. Los errores cometidos en su diseño y la resistencia pasiva de los profesores, primero, y la crisis económica que se inicia en 1981, después, imponen una seria barrera a su profundización, resultando en definitiva en la estructuración de un sistema que mantiene el tamaño relativo y el atraso del sistema anterior e incorpora fragmentos de las iniciativas desigualzantes y mercantilizadoras impulsadas por el régimen actual. La educación chilena se ve así sumida en la actualidad en una crisis de proporciones muy superiores a las de aquella que se diagnosticaba a comienzos de los 70.

En este sistema se ven inmersos cerca de 850 mil jóvenes, es decir, más de un tercio de la población de entre 15 y 24 años. Así como ellos han sido los tributarios del proceso de expansión educacional asentado en las políticas precedentes, han sido también objeto de la eliminación de los espacios de participación estudiantil, la acentuación del carácter autoritario de las prácticas educativas y su sustitución por las tendencias modernizantes impulsadas por el actual régimen. La crisis en la que se ven envueltos, finalmente, ya no es sólo una crisis de estructura de la educación, es también la crisis que se deriva del fracaso -por primera vez- de la educación como mecanismo de movilidad social, pues en presencia de las enormes tasas de desempleo existentes los mayores niveles educativos se muestran incapaces de ga-

rantizar a los jóvenes el acceso a tramos superiores en la escala ocupacional y social. La crisis económica actual, en la medida que acentúa estas tendencias, termina por arrastrar tras de sí no sólo a las reformas mismas, sino también a los mecanismos de cooperación generados en el proceso; con ello, en el descontento desbordará el orden constituido, reuniendo a los distintos sectores juveniles en la protesta en contra de este orden.

La modernización, sin embargo, es un proceso que supera los márgenes de las reformas educacionales o las "flexibilizaciones" en el mercado laboral, expresándose por sobre todo en el marco valórico y cultural desarrollado alrededor de los jóvenes. Un papel central en la construcción de este marco lo juegan, sin duda, los medios de comunicación social. Estos medios, que alcanzan desde la década anterior una vasta cobertura y se encuentran monopolizados por la ideología dominante, establecen una red de mensajes de la cual le resulta imposible escapar a una generación que carece de alternativas y que, al mismo tiempo, se encuentra permanentemente bajo su influencia. La imagen de la modernidad popularizada desde los medios de comunicación social y la "opinión pública", esto es, la posibilidad de ascenso acelerado en la escala del bienestar y el consumo, sobre la base del esfuerzo individual en un contexto de orden y tranquilidad pública, constituirá así el marco de referencia para las generaciones jóvenes formadas bajo el régimen militar. De la contradicción entre este marco valórico y la realidad efectiva de los jóvenes y/o su concatenación con los incentivos generados en la educación o el trabajo surgirán entonces pautas de comportamiento particulares que distarán de las ya tradicionales entre la juventud chilena asociadas a la dualidad juventud trabajadora-estudiantes.

¿JUVENTUD? ¿JUVENTUDES? ¿JÓVENES?

La atomización de la base social como mecanismo de desmovilización y la extrapolación de la lógica mercantil a los planos social y político constituyen, sin duda, elementos centrales en el proyecto fundacional implementado por el régimen militar chileno. Sin embargo, existe una distancia significativa y aún contradicción entre atomización social, diferenciación objetiva de sectores sociales y conformación de clases, de manera que una interrogante fundamental hoy en día es la de si acaso la atomización e inorganicidad evidentes en la sociedad chilena resultan sólo de la represión y el control de la comunicación social, ocultando identidades que sólo esperan un detonante para aflorar, o en cambio obedecen más bien a fenómenos de mayor profundidad.

Esta problemática es particularmente importante desde el punto de vista del análisis de la realidad juvenil y su proyección futura en la medida que el origen etario del concepto de juventud involucra gran ambigüedad frente a factores de diferenciación social y por tanto de segmentación a su interior. Así es que estudios como los Mattelart y Mattelart¹ por ejemplo, nos mostraban que a fines de los 60, los estudiantes, los jóvenes obreros, campesinos y empleados conformaban sectores claramente diferenciados en cuanto a sus actividades sociales y patrones culturales, hecho que se traducía en una tradicional identificación de la juventud con los estudiantes, sector que efectivamente había venido representando un papel activo en la dinámica social a lo largo de los 30 años precedentes. La juventud popular, en cambio, al experimentar una rápida incorporación al mundo laboral adulto, expresaba identidades más diluidas y, en todo caso, de carácter de clase antes que generacional.

Aun cuando hoy en día parece evidente que la realidad juvenil se diferencia de la de los años 60 y todo sugiere atomización, ello no es modo alguno suficiente para entender lo que expresa el concepto de "juventud chilena". En este sentido argumentamos que los elementos más marcados de esta transformación resultan, por un lado, de la emergencia de la juventud popular como fracción identificable, relevante y activa de la actual generación y de la transformación de la juventud estudiantil sobre la base de la modernidad imperante² y, por otro, de la homogeneización de los distintos sectores juveniles en torno a la dinámica misma de este proceso y su fracaso.

LA MODERNIZACIÓN DE LA JUVENTUD ESTUDIANTIL

Las transformaciones puestas en marcha durante los últimos años poco a poco fueron configurando un sector que en virtud de su origen social y su mayor ligazón institucional se va incorporando a los sectores más dinámicos del modelo imperante a través de las llamadas "modernizaciones" educacionales y el mercado establecido en torno a ellas.

No nos referiremos aquí ni a jóvenes ejecutivos ni a las nuevas estrellas de la administración pública, sino a una amplia franja de jóvenes de origen fundamentalmente medio que desde los florecientes institutos profesionales de educación postse-

¹Mattelart A. y Mattelart M.: **Juventud chilena: rebeldía y conformismo**, Ed. Universitaria, Santiago, Chile, 1970.

²(Aun cuando estos dos sectores -los grupos estudiantiles de origen medio y juventud popular urbana- sin duda no agotan la realidad juvenil chilena, monopolizarán nuestra atención en las páginas siguientes en la medida que corresponden a aquellos en los que las transformaciones modernizantes se expresan con mayor nitidez y sobre los cuales contamos con mayor información.

cundaria y aún desde la universidad parecieran expresar su adaptación a las pautas culturales dominantes.

Estos sectores, profundamente socializados en el culto al consumo, la competencia, el éxito individual y el autoritarismo, encuentran en las reformas que apuntan a establecer un mercado de certificados de educación superior la posibilidad de acceder a aquellos espacios en que sus valores y aspiraciones podrán realizarse. Con ello se abre un abanico de alternativas a los crecientes contingentes de egresados secundarios conducentes hacia los sectores líderes del nuevo modelo: la empresa privada, las finanzas, el comercio exterior, la publicidad, etc.

El significado de estas transformaciones se manifestará en la masiva convocatoria que alcanza la enseñanza de materias tales como la administración de empresas, comercio exterior, turismo, gestión financiera o computación, pero por sobre todo se proyectará cualitativamente en las concepciones de estos jóvenes sobre el significado de la educación, la participación, la familia y el futuro.

A diferencia de los estudiantes de los 60, el futuro de estos jóvenes se encuentra sumido en una gran incertidumbre. No existe hasta ahora un Estado que vele por el futuro de profesionales y técnicos mientras que, en cambio, el desempleo y la competencia despiadada constituyen para ellos realidades palpables. La única alternativa posible y coherente para resolver la inseguridad que de aquí se desprende será el recurrir al "esfuerzo individual" que con insistencia ensalza el modelo dominante. Competir y ordenar la vida en función del posible éxito se transformarán en la manifestación de una visión particularizada del futuro, donde la preocupación por obtener un buen empleo, acceder al éxito y el consumo y conformar una familia funcional, suplantando a las representaciones colectivas y globalizantes que caracterizan a los otrora rebeldes estudiantes.

El elemento distintivo de la "juventud" de los 60, esto es, la rebeldía, encuentra de esta manera un fuerte rechazo entre estos jóvenes para quienes, como señalan Valenzuela y Solari³ el olvido y la destrucción definen su conciencia pública.

Sin embargo, lo abrumador del proceso no lo exime de fisuras; la incorporación de una lógica funcional no asegura un proceso similar en el terreno de los prejuicios que componen la base de la personalidad autoritaria y ello se refleja en la escasa adhesión que encuentran los slogan habituales del régimen, tales como los de la

³Valenzuela, E. y Solari, R.: "Los jóvenes de los ochenta: una interpretación sociológica de la actual generación estudiantil de clase media", **Documentos de Trabajo**, SUR, Santiago, Chile, 1982.

panacea del modelo económico vigente o la descalificación de la "política". Al contrario, sorprende la mayoritaria aprobación que la crítica al materialismo e individualismo en la sociedad chilena encontraba entre jóvenes que estaban en el centro mismo de este proceso. En este sentido, es posible identificar en estas opiniones así como en la demanda manifiesta por una cultura no mercantil, una insatisfacción frente al mundo ofrecido por el modelo, la percepción de sentirse arrastrados hacia una racionalidad no asumida en su plenitud y una nostalgia por la humanidad ausente. A pesar de ello, ninguna ideología propiamente juvenil se desarrollaría durante los años previos a la crisis. Más allá de que fueran jóvenes los protagonistas de las escasas manifestaciones públicas de descontento frente al régimen militar, es evidente que las mayorías estudiantiles estuvieron al margen de estos hechos. En este sentido, es posible concluir que con todas sus contradicciones interiores estos jóvenes fueron hasta el inicio de la actual crisis cooptados por el sistema en base a lo que Garretón describe como un conformismo expresado en la idea de que "las cosas son así ahora" y hay que adaptarse a ellas.

La crisis que se inicia en 1981, introduce grandes cambios en esta situación: el derumbe del modelo económico arrastra tras de sí los mecanismos de coopción que operaban sobre estos sectores y su protesta desborda cualquier expresión anterior. Este proceso es evidente en las universidades donde la oposición al régimen militar se transforma claramente en la tendencia dominante, mientras en los institutos de enseñanza privados surgen núcleos disidentes cuya existencia parecía imposible antes de entonces.

Hoy en día es difícil evaluar el significado de estos cambios en términos de elementos tales como los de concepción de la educación, visión de futuro o conciencia pública. Mientras por un lado es evidente que el proceso de modernización se ha esfumado irreversiblemente y toda la institucionalidad que lo sustentaba se ha deslegitimado, por otro este proceso tiene como contrapartida una dificultosa y lenta reestructuración del movimiento estudiantil, expuesta aún a las manipulaciones de la autoridad y a las pugnas de juventudes políticas distanciadas de la dinámica del proceso. Este fenómeno, que expresa la desestructuración ideológica y la carencia de representaciones globales que han caracterizado a estos jóvenes no hace sino arrojar un grado considerable de incertidumbre sobre su evolución futura.

LA IRRUPCIÓN DE LA JUVENTUD POPULAR URBANA

De nuestro análisis inicial puede desprenderse que el grupo más afectado por el actual modelo económico y político es, sin duda, el constituido por la juventud popu-

lar. Fenómenos tales como la degradación del empleo juvenil, la descomposición familiar, la segmentación educacional, la desaparición de espacios colectivos y la represión llana han golpeado con particular rudeza a estos jóvenes aun con anterioridad a la actual crisis. Sus patrones de transformación, sin embargo, superan con mucho el mero deterioro material.

Uno de los elementos que establecen mayores diferencias entre la actual generación joven y sus precedentes, a nivel popular, corresponde al marco cultural en que ellas se han desenvuelto. En virtud de sus mayores niveles educacionales y acceso a los medios de comunicación, estos jóvenes han sido socializados en la cultura de la modernización, acercándose más a los jóvenes de sectores medios que a sus padres. Sin embargo, a diferencia de aquellos que efectivamente llegaron a participar en los mercados de expansión, para la juventud popular la modernización no alcanzó a ser sino la promesa de un futuro "mejor" que a fin de cuentas nunca llegaría a realizarse.

La imposibilidad de acceder a aquello para lo que fueron preparados significa para estos jóvenes no sólo frustración sino también la pérdida del único referente cultural conocido y posible en un contexto en que sus alternativas han caído en la obsolescencia o la interdicción. Es así como a pesar de las manifestaciones aisladas e inorgánicas de elementos culturales propiamente juveniles, en verdad la juventud popular se ha enfrentado a una suerte de vacío cultural e ideológico que sin duda se ha reflejado en la aparente irracionalidad y espontaneidad que ha caracterizado su acción.

Así como en el plano cultural estos jóvenes se han enfrentado al fenómeno de una transacción que no ha podido completarse ni revertirse, también en el plano de la evolución generacional se aprecia un fenómeno similar. En efecto, si la juventud es entre otras cosas transición a la vida adulta, el que este proceso se complete requiere de la posibilidad de un acceso adecuado a este último estadio, posibilidad que como hemos visto se asocia a la incorporación al mercado del trabajo y a la independencia familiar. Las condiciones imperantes, sin embargo, eliminan esta posibilidad condenando al individuo a una prolongada "juventud" sin sentido ni destino aparente no sólo desde un punto de vista formal sino también evolutivo. En otras palabras, el hecho de no poder obtener un empleo ni constituir una familia propia no sólo mantiene al individuo en la situación de adolescente dependiente a los ojos de los demás, sino que también le impide desarrollar las habilidades sociales, emocionales y culturales para actuar en el mundo adulto.

La imposibilidad de completar el desarrollo juvenil en la medida que aleja del horizonte previsible el cambio a la condición adulta, tiene el efecto inmediato de eliminar las representaciones estructuradas del futuro de estos jóvenes. Así, mientras entre quienes se insertaron en la dinámica de la modernidad resalta la perspectiva individual de representación del futuro, en el caso de la juventud popular habremos de reconocer que tal ejercicio ha llegado a carecer de sentido más allá de la formulación de utopías muy generales y nebulosas. De allí que al aparente énfasis de estos jóvenes en la satisfacción presente constituya una respuesta obvia frente a condiciones materiales y sociales restrictivas antes que una opción cultural existencial.

Fenómenos de creciente incidencia entre estos sectores, como la drogadicción, la proliferación de madres solteras jóvenes o la delincuencia juvenil, encuentran aquí su sustento en esta brecha abierta entre el presente y el futuro.

Por último, la imposibilidad de acceder a los espacios adultos y la atomización de las organizaciones populares limitan las posibilidades de desarrollo de una identidad social o de clase entre estos jóvenes en la medida que impide acceder a los espacios en los que tradicionalmente tal identidad se ha plasmado, tales como sindicatos, organizaciones poblacionales, etc.

La juventud popular constituye así un sector suspendido sobre un vacío cultural, generacional y social, sometido a una brutal marginalidad y a la privación de futuro, todos ellos elementos que forman parte de un proceso que sólo ha logrado hacerse visible a partir de la masividad, espontaneidad, inorganicidad y aún violencia que las protestas nacionales han alcanzado entre estos jóvenes.

Impulsados a salir de sus casas y a abandonar la educación, privados de la posibilidad de obtener un empleo estable y de construir la propia familia, estos jóvenes van perdiendo asidero respecto a la sociedad; son marginados entre marginados y sobre esta marginalidad aún carecen de la posibilidad de construir cultura e identidades propias. En efecto, mientras por un lado los valores, conocimiento y habilidades de estos jóvenes son consistentes con un futuro ya imposible, la capacidad para elaborar alternativas se encuentra limitada por la ausencia de espacios y herramientas sobre los cuales desarrollar otros valores, conocimientos o habilidades.

Este fenómeno de marginación o más bien alejamiento respecto de la sociedad, permite explicar el hecho de que justamente el mayor escollo para la constitución de

una identidad juvenil popular sea el lograr definir una posición de estos sectores respecto y frente a un contexto social global. La marginación se traducirá entonces en lo que Valenzuela ⁴caracteriza como anomia juvenil, es decir, la ausencia de normatividad social capaz de definir la acción de estos jóvenes, fenómeno que cruza manifestaciones aparentemente tan disímiles como el auge de los grupos de "volados" o la militancia política, la demanda por afecto o la rebelión abierta.

La protesta popular que desencadena la crisis del régimen militar en la medida que es dominada por la espontaneidad juvenil, se transforma en la expresión más evidente de este fenómeno. Masiva pero inorgánica, antidictatorial pero sin rumbo definido, la acción juvenil se dirige del mismo modo contra los agentes directos de la represión que contra las expresiones más indirectas del orden constituido, sembrando la preocupación entre las dirigencias políticas que ven amenazada su posibilidad de controlar la situación y el temor entre los sectores más conservadores que ven así avanzar -propaganda oficial de por medio- a esta suerte de "masa bárbara".

Curiosamente, estos "bárbaros" del Chile de hoy (a nivel oficial se les señala como "vándalos") manifiestan en su acción una demanda desgarradora por ocupar un lugar en el mundo. Sin herramientas, organización ni reivindicaciones precisas para negociar, sin alternativas globales que proponer, la juventud popular manifiesta en cada protesta la contradicción suprema de hoy: el exponer la vida con el sólo objeto de sentir que se está vivo. Probablemente el reconocer lo que se esconde tras esta potencial amenaza para la institucionalidad y el enorme aporte que ello representa para la construcción de un país agotado de autoritarismo sea uno de los desafíos más importantes y ocultos que enfrenta la democratización nacional.

LA HOMOGENEIZACIÓN GENE RACIONAL

De las páginas anteriores es posible concluir que los factores de diferenciación social entre sectores juveniles son hoy considerablemente distintos de aquellos que primaran en la década de los 60. Mientras en aquel entonces el auge de la pugna por la distribución del ingreso y el control del Estado establecía diferencias fundamentales entre los jóvenes integrados a expresiones adultas de clase y un destacamento estudiantil altamente ideologizado, hoy día el fallido intento de

⁴Vañezuela, E.: "La rebelión de los jóvenes", en *Proposiciones*, Tomo XI, Año V, septiembre, SUR, Santiago, Chile, 1984.

modernización capitalista acometido por el régimen militar y las exclusiones generadas por él obligan a distinguir entre quienes participaron del proceso y quienes fueron marginados de sus frutos.

Existen, por otra parte, diferencias sustanciales en la naturaleza de ambos procesos. Mientras las juventudes de los 60 tienden a definirse sobre la base de su pertenencia institucional (clase, generación o partido) y al desarrollo de una conciencia colectiva del propio papel en la sociedad, los sectores juveniles actuales surgen de una realidad desestructurada y atomizada constituyendo grupos de individuos que compartiendo características comunes no han desarrollado identidades. En otras palabras, mientras antes podía hablarse de juventudes distintas, hoy sólo es posible distinguir entre conjuntos de jóvenes con diferencias objetivas entre sí.

En estas condiciones es necesario preguntarse por la profundidad de tales diferencias o bien hasta dónde los distintos sectores juveniles tienden a compartir características comunes. Del análisis llevado a cabo en este trabajo podemos al menos extraer cuatro elementos que apuntan en este último sentido.

En primer lugar, hemos reconocido la expansión de la educación como un fenómeno que ha afectado particularmente a la actual generación joven. Al margen de la mayor deserción inducida por las condiciones económicas en sectores populares, es evidente que aún allí los jóvenes han alcanzado niveles educativos bastante significativos excediendo con creces a las generaciones anteriores. Este hecho, unido a la universalidad alcanzada por los medios de comunicación, constituyendo un fenómeno originado con anterioridad al régimen militar, adquiere particular relieve hoy en la medida que contribuye a reducir barreras culturales entre jóvenes de distinto origen socioeconómico. Al margen de nuestro acuerdo o desacuerdo con los contenidos de la socialización implícita en este proceso, habremos de reconocer que ello representa un potencial de comunicación de enorme importancia.

El punto anterior adquiere particular relevancia al considerar, en segundo lugar, la atomización que caracteriza al mundo juvenil en todos los planos. Al respecto, destaca el hecho de que, al margen de pequeños grupos aislados, no existen identidades ni movimientos constituidos, tanto por la atomización mencionada como por la marginación -en mayor o menor grado- que caracteriza a la juventud como un todo. De esta manera, no encontramos en nuestra realidad destacamentos juveniles distanciados orgánica, ideológica o culturalmente del resto.

En medio de esta atomización, sin embargo, es posible reconocer la existencia de un conjunto de vivencias comunes a una gran mayoría de jóvenes que se expresa en la insatisfacción de distintos sectores con el marco de valores propuesto por el régimen militar.

Las demandas individuales por humanidad, por una cultura no mercantil, la espontaneidad y la sensación de desenvolverse en un mundo hostil y mutilan te constituyen sin duda parte fundamental de la experiencia de jóvenes de muy distinta condición, a tal punto de que si hubiera que definir hoy en pocas palabras a estos jóvenes podríamos hacerla como un conjunto de individualidades que comparten múltiples vivencias comunes, pero que carecen de vivencias colectivas capaces de transformar estas vivencias en identidad.

Un último factor, que viene a calificar las conclusiones más fáciles que podrían extraerse de los puntos anteriores, se refiere a la relación efectiva y potencial de estos jóvenes con el Estado. Para jóvenes que han recibido una educación abandonada a las leyes del mercado, sin mayor acceso a la seguridad social ni a programas gubernamentales, cuyas perspectivas futuras se encuentran, si acaso, remitidas a un ángulo individual, que se desenvuelven en sectores sin mayor ligazón institucional o que, finalmente, sólo conocen al Estado como represor, éste simplemente no existe o bien representa al símbolo de la exclusión, la manipulación y la fuerza.

UNA ÚLTIMA REFLEXIÓN

La joven generación constituye así una brecha abierta en medio de Chile. La juventud popular y los estudiantes, encaminados por patrones de transformación que los diferencian enormemente de sus equivalentes anteriores, convergen en la carencia de espacio en una sociedad crecientemente deshumanizada y pauperizada. El que ello evolucione en el sentido de la transformación de experiencias aisladas en un actor social efectivo y renovador constituye, sobre todo en la oscuridad de diciembre de 1984, una gran incógnita. El punto que nos interesa relevar al culminar estas líneas, sin embargo, es algo menos académico. Al intentar describir lo ocurrido durante los últimos años con la juventud chilena y plantear su relación con el imperativo de la democratización nacional, no nos guía más que la voluntad de llamar la atención sobre el hecho de que lo que aquí se encuentra envuelto es el considerar, de una vez por todas, que estos jóvenes, nacidos a la conciencia durante el período más gris de nuestra historia, que, como dice Benedetti, pasaron gran parte de su vida tras los flippers y las radios stereo, que soñaron con todo lo que el

modelo prometió y no cumplió, constituyen, pese a todo, un sector que tiene derecho a su destino. No al que le determinen mentes preclaras, sino al que junto a todo el pueblo chileno sean capaces de construir.

* El presente artículo está basado en el trabajo del autor "La joven generación chilena: del régimen militar a la democratización", *Notas Técnicas*, N° 64, CIEPLAN.